

# Pestilencia, el jinete del caballo blanco. Resignificación de la muerte a partir de la pandemia de SARS-CoV-2

Alejandra González Correa

Dirección de Antropología Física, INAH

J. Erik Mendoza Luján

Dirección de Antropología Física, INAH

## RESUMEN

Desde la antigüedad nos hemos enfrentado a calamidades de orden natural, que han dejado muerte y destrucción, afectando directa o indirectamente la cotidianidad del ser humano y del mundo animal. Dichos infortunios se presentan como terremotos, tsunamis, inundaciones, huracanes, e incluso, enfermedades suscitadas por virus o bacterias, que por su capacidad de transmisión se convierten en epidemias o pandemias, como la que nos afecta en la actualidad. En el presente artículo se hace un breve recorrido por las diversas pestes que han afectado a hombres y sociedades a través del tiempo.

*Palabras clave:* pandemia, muerte, enfermedad, coronavirus, SARS-CoV-2.

## ABSTRACT

Since ancient times, the human being has faced various calamities of natural order, which have left death and destruction, directly or indirectly affecting the daily lives of human beings and various animals. It is worth mentioning that these effects have occurred in the form of earthquakes, tsunamis, floods, hurricanes, various diseases that have been caused by any virus or bacteria, which due to their transmission capacity become epidemics or pandemics, the latter being the one that is currently affecting the world population considerably. In this work there will be a brief historical overview of the various diseases that have affected human life over time.

*Keywords:* Pandemic, death, disease, coronavirus, SARS-CoV-2.

*Vi cuando el Cordero abrió uno de los sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes decir como con voz de trueno: ven y mira. Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo, y para vencer.*

APOCALIPSIS 6:1-2

*Lo que pensamos de la muerte sólo tiene importancia por lo que la muerte nos hace pensar de la vida.*

CHARLES DE GAULLE

**H**ablar de la *vida* nos lleva de consuno a hablar de la *muerte*; no podemos omitir ningún de los dos conceptos por más miedo que nos dé vivir o morir. Definir la vida, nuestra vida, es definir a la muerte, nuestra muerte. Lo que signifique cada una es cuestión individual al mismo tiempo que es una construcción colectiva. A fin de cuentas, todos somos miembros de una especie y compartimos una serie de características y singularidades.

La vida se contrapone a la muerte, polos opuestos en un mismo continuo; dos verdades irreconciliables, en contraposición de la idea de nacimiento como génesis y muerte como apocalipsis. Idealizar en continuos como líneas rectas o cíclicas nos lleva a imaginarios de una existencia en el tiempo infinito. Esto es, crear sistemas de esperanza que nos ayuden a liberarnos de la angustia que provoca la conciencia de finitud.

Esta angustia se configura como un estado ansiógeno, marcado por una total incertidumbre y una imagen caótica del mundo por parte de quienes han estado expuestos a la finitud y pérdida. Se trata, según Freud, de un remedo de la angustia de castración: “Me mantengo fiel a la hipótesis de que la angustia ante la muerte debe considerarse como algo análogo a la angustia ante la emasculación” (Freud, 1978: 278). Sin embargo, se ha observado que el término “angustia” sería impropio en este contexto, puesto que es una reacción emocional hacia un objeto no definido; siendo más propio utilizar el término “miedo”, como reacción emocional ante un objeto determinado. El problema que viene de consuno con la idea de la muerte es su particularidad de ser un evento bio-lógico definido, pero desconocido en la experiencia. Lo que provoca un caos emocional es lo desconocido, el “no objeto”, que afecta al nivel psíquico como algo indeterminado y perceptible. En este sentido pueden homologarse angustia y miedo.

La aparición de angustia y de tensiones genera en el individuo y en el grupo una crisis, que se puede definir como estrés, estudiada con gran perspicacia por C.M. Parkes (1972). Las crisis interrumpen las modalidades usuales de las personas afectadas, alte-

ran tanto su situación como sus proyectos, e imponen la necesidad de un trabajo psicológico que requiere tiempo y esfuerzo. La teoría de la defensa psicológica se basa en la hipótesis de que existe un “volumen total de angustia” que puede tolerar un individuo, creando una autodefensa sustrayéndose psicológicamente a la situación que provoca la angustia.

Más que una angustia a lo desconocido de la muerte, se trata de no poder controlar su tiempo de vida. El tiempo del hombre tiene un principio y un fin; a esto se refiere el tiempo lineal, en el cual un polo se contrapone al otro, sin tocar jamás sus puntas, mientras que el tiempo tiene una forma cíclica, en la cual el principio es el fin y viceversa. La idea del tiempo lineal en el hombre provoca el terror, miedo al fin; por lo tanto, trata de abolir la linealidad del tiempo para volverlo cíclico. La forma en la que se suprime esta recta es por medio de los símbolos contenidos en los mitos y ritos de cada sociedad-cultura, convirtiendo en ciclo aquello que tiene un principio y un fin.

La idea de un tiempo para morir y un tiempo para vivir, ha consumido la vida de muchos pensadores que han tratado de definir tanto a la vida como a la muerte, lo que nos permite conocer y re-conocer una cosa a partir de mencionarla, de domesticarla para evitar el miedo a la ignorancia y la angustia a lo desconocido. Mucho se ha escrito acerca de la muerte, pero, como lo apuntara Rochefoucauld, ni el sol ni la muerte pueden mirarse cara a cara, por lo tanto, es poco el conocimiento que tenemos acerca de este evento bio-lógico.

En su definición más laxa, la muerte se puede considerar como deceso, es decir, como un hecho que tiene lugar en el orden de las cosas naturales, o en su relación específica con la existencia humana, por lo tanto, es un hecho natural como todos los otros y no tiene, para el hombre, un significado específico. Cada vez que se habla de la muerte en este sentido, como de un hecho natural comprobable por medio de procedimientos apropiados, se le entiende como deceso. Lo mismo sucede cuando se la considera como una condición de la economía de la naturaleza viva o de la circulación de la vida o de la materia. Marco Aurelio hablaba de la igualdad de los hombres frente a la muerte: “Alejandro de Macedonia y su caballerizo, muertos, se reducen a la misma situación: reabsorbidos ambos en las regiones seminales del mundo o dispersados entre los átomos”. Y Shakespeare decía en el mismo sentido: “Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro hízose polvo; el polvo es tierra; y de la tierra se hace barro, y ¿por qué con ese barro en que se convirtió no podría taparse un barril de cerveza?”

En todos estos casos se entiende por muerte el deceso del ser vivo, cualquiera que sea, y no se hace referencia específica al ser humano. La única actitud filosófica posible es la expresada por Epicuro: “Cuando existimos, la muerte no existe y cuando está la

muerte no existimos”. En el mismo sentido, Wittgenstein ha dicho que “la muerte no es un evento de la vida: no se vive la muerte”, y redondearía con lo que menciona Thomas:

Ya sea que creamos o no que la muerte puede ser experimentada, es evidente que la muerte es importante para la experiencia. No obstante, lo que experimentamos no es nuestra propia muerte, así como no podemos experimentar que estamos dormidos. Lo que experimenta el hombre es la muerte de los otros, no en relación con su muerte física, sino como el daño que provoca irreversiblemente a la red de conexiones con otras personas (Thomas, 1989: 58).

Y Sartre ha insistido acerca de la insignificancia de la muerte: “La muerte es un puro hecho, como el nacimiento; viene hacia nosotros desde el exterior y nos transforma en exterioridad. En el fondo no se distingue de manera alguna del nacimiento y denominamos facticidad a la identidad del nacimiento y de la muerte” (Sartre, 1980: 95). Así entendida, la muerte no concierne propiamente a la existencia humana.

En su relación específica con la existencia humana, la muerte puede ser entendida como la iniciación de una etapa de vida, como el fin de una etapa de vida o como la posibilidad existencial. Como iniciación de una etapa de vida, es entendida la muerte por muchas doctrinas que admiten la inmortalidad del alma. Para tales doctrinas la muerte es *la separación del alma del cuerpo*, tal como lo mencionaba Platón. Con esta separación se inicia, en efecto, el nuevo ciclo de vida del alma, ya se entienda este ciclo como el reencarnarse del alma en un nuevo cuerpo o como una vida incorpórea.

Idéntico concepto de la muerte se encuentra siempre que se considera la vida del hombre sobre la tierra como preparación o acercamiento a una vida diferente. Y aparece también cuando se afirma la inmortalidad impersonal de la vida, tal como lo hace Schopenhauer, quien compara la muerte con el ocaso del sol que es, al mismo tiempo, el orto del sol en otro lugar. Desde esta perspectiva, la muerte tendrá, por lo menos, dos significados diferentes:

- 1) Un evento que acaece a todo lo animado (definida a partir de una episteme biológica y una doxa del cadáver).
- 2) Como un evento que tiene que ver con la experiencia del Fenómeno Humano, esto es, un hecho social (con una episteme socio-lógica y una doxa sensocomunista o senso perceptible).

La primera perspectiva lleva de consumo la idea y conceptualización de caducidad y, por lo tanto, de finitud, de todo aquello que está sujeto a mudanza, a la acción del tiempo

y el espacio. Ésta es la idea más generalizada, la que nos refiere al cadáver y la extinción, a la imagen del horror del vacío, al final del tiempo que expira en la vida y existencia. Cabe mencionar que esta perspectiva tiene sustento en los estudios de las ciencias biológicas, físicas y químicas.

Pero, para lograr establecer una definición científica-académica, una episteme, sobre la muerte y tratarla desde la perspectiva físico-bio-química y constituir los parámetros de entendimiento y conocimiento de este evento “natural” y “universal”, tuvo que ser experimentado y percibido.

De esta manera, la segunda perspectiva se encuentra inmersa en la primera, a pesar de que las definiciones que se le otorgan sean más amplias y, en algunos casos, comprobables desde una perspectiva científico-académica dura, pero, a fin de cuentas, con una riqueza en la experiencia individual y colectiva, que permite que emerja una serie de hechos sociales que le dan coherencia y cohesión a las sociedades-cultura.

En tanto hecho social, el tratamiento que se le da a la experiencia individual y colectiva se encuentra definida por un lenguaje y simbolismo que permite la comunicación de la experiencia, las sensaciones, las percepciones y los sentimientos del evento natural. Así, cada individuo entiende y experimenta la muerte desde su singularidad, desde su propia experiencia (experienciación), que al mismo tiempo estará permeada por la experiencia colectiva, por la cultura (sentido común socio-cultural y propio de la especie).

De esta manera, nuestro conocimiento científico-académico (episteme) y vulgar o común (doxa) relativo a la muerte, se encuentra sustentado en nuestra experiencia del evento muerte y, por lo tanto, es definido por lo socio-cultural, por el grupo al que nos encontramos adscritos, proyectando en nuestro lenguaje y comportamiento este conocimiento introyectado. Esto es, la muerte deja el terreno de lo meramente físico-biótico, lo tangible, mensurable y ponderable, para incrustarse en los signos, símbolos e imaginarios colectivos con un significado más allá de lo orgánico, incorporándose a las estructuras socio-culturales. De esta manera, la Muerte —ahora con mayúsculas— significa el tiempo y espacios cíclicos, donde la finitud es abolida por medio de la cosmovisión y los rituales propios de cada religión y/o cosmovisión.

Así pues, al asignársele un significado a la muerte dentro del pensamiento mágico-religioso se demarca terrenos en el cual, la muerte, cumple su función simbólica de límite para el paso entre los diferentes estadios de la existencia. Con esta manera más amable de entender y significar la muerte, la *angustia por la muerte* o el *miedo a la finitud* ve su consuelo en la idea de la sobrevivencia: el *trascender*, pasar de un estadio de existencia a otro diferente.

Es la esperanza de la trascendencia la que ha compelido al hombre a imaginar cosmologías que explicaran su propia razón de ser, su procedencia y su destino. Filosofías ontológicas que, de forma simplista, se conformaron en el pensamiento mágico-religioso, que constituye un lazo social, o más exactamente, suprasocial, que, por consiguiente, es principalmente socio-lógica, y que sus divisiones capitales están socio-lógicamente orientadas, pero la organización de la doctrina, la moral y el culto, no son más que la realización de necesidades y pulsiones.

La religión se compone, por tanto, de tres partes: el dogma o mito, la moral y el culto. Estas divisiones son por demás conocidas y se admiten generalmente. La distinción entre el dogma, la moral y culto, no puede ponerse demasiado de relieve. Así, la filosofía no tiene culto, pero posee un dogma y una moral, y la ciencia sintética sólo tiene el dogma. La reunión de estos elementos lleva, por el contrario, a las religiones a su mayor poder; tampoco lo consiguen sino en el momento de su desarrollo, sobre todo cuando se han enriquecido con la unión de la moral.

El dogma, la moral y el culto se componen por una serie de signos y símbolos que dan coherencia a la fe, y, que, a partir de los comportamientos rituales y las ceremonias, permiten expresar los sentimientos más profundos, tanto entre los individuos como con la divinidad.

Entre las religiones primitivas la moral está enteramente separada de la religión; el hombre sólo pide a los dioses salud, felicidad, seguridad y victorias; la ofrenda del sacrificio (*sacro-oficio; hacerlo, volverlo sagrado*) no implica idea alguna de redención y reparación de faltas, sino solamente la de obtención de favores; así se sobrepone con mucho a todos los demás medios del culto, y la oración, propiamente dicha, se usa poco. Sólo más tarde el sacrificio, que aún no era un acto de expiación es muy tardío. La moral se forma aparte; tiene su evolución propia, distinta de la religión. Por su parte, se afirma y espiritualiza poco a poco, y sólo después de estos progresos se une a la religión misma. Tiene un origen mecánico, nace de las costumbres, del hábito, absolutamente como el derecho. Por lo demás, el objeto de la religión ritual o dogmática y el de la moral, son muy distintos.

Retomando el concepto de la *muerte* como fin de una etapa de la vida, la Biblia le menciona como castigo del pecado original (Génesis 2:17; Romanos 5:12) y es, al mismo tiempo, su concepto como conclusión del ciclo de la vida humana perfecta de Adán y el concepto de una limitación fundamental que la vida humana ha sufrido a partir del pecado de Adán. Pero este segundo aspecto, que es propio de la teología cristiana, pertenece precisamente al concepto de la *muerte* como posibilidad existencial. Este concepto implica que la muerte no es un acontecimiento particular, que se ubica en la iniciación o en el

término de la vida propia del hombre, sino una posibilidad siempre presente a la vida humana y de tal naturaleza que determina sus características fundamentales.

Así, contrariamente a las perspectivas del pensamiento religioso griego, que verá en la vida corporal el efecto de una caída, y en la muerte corporal la liberación del alma (el juego de palabras entre *soma*, “cuerpo” y *sema*, “tumba”, tomado por Platón), todo el Antiguo Testamento ve en la muerte una maldición, y la inmortalidad esperada tomará en él sin dificultad el aspecto de una resurrección del hombre entero.

El Nuevo Testamento confirma plenamente esta espera, y para San Pablo en especial, la esperanza cristiana se afirma como la esperanza de una resurrección con el Cristo, oponiéndose explícitamente a la simple esperanza de una inmortalidad del alma (Corintios 15). Esto no supone negar que el alma sobreviva al cuerpo, sino en la reunión de todos los fieles con el Cristo, por una reintegración y una transfiguración de su humanidad total, cuerpo y alma.

*Grosso modo*, todas las religiones y cosmovisiones coinciden en la idea de la muerte derrotada, la esperanza de una vida más allá de la terrena, o paralela a ésta. La promesa que lleva de consuno la muerte es la trascendencia, la existencia plena de los individuos a partir de la trascendencia y/o transmutación.

Para lograr la trascendencia es necesario el sacrificio vivo, esto es, vivir a partir de los dogmas y reglas predeterminados por cada religión o cosmovisión; se ritualiza el tiempo, el espacio y la existencia de las personas. Al aceptar, por medio de la adhesión al sistema, las normas y reglas impuestas por el sistema de creencia, se comienza la introducción de las doctrinas compartidas para dar paso a la fe y esperanza propia de cada religión. A fin de cuentas, la religión se propone como una forma de vida y un modo de ligarse a El o a Los seres superiores, creadores y criadores de la humanidad.

En la medida que se entra en comunión con lo metahumano, lo metafísico, posibilita la generación de nuevos símbolos en la vida cotidiana. La persona religiosa sabe de antemano que la unión que tiene con Dios, a partir de rituales propiciatorios donde se realizan pactos de alianza y fidelidad, le proporciona un espacio y tiempo donde continuar con su existencia.

Asimismo, los rituales socio-culturales confirman la trascendencia y transmutación de la persona, el paso por los diferentes roles sociales, aun después de fallecidos. “La creencia debe traducirse en rito, la fe en acción [Por este motivo] el ritual es el puente entre la fe y la acción [Así] cumple una importante función [...] el ayudar a la reintegración del grupo y favorecer la creación de nuevas relaciones” (Firth, 1961: 200-201).

De esta manera, el ritual se concibe como la base ideológica y conceptual, en tanto que construye, significa y simboliza las diferencias y semejanzas en un proceso de intro-

yección y representación mental, proyectándolo vía el ritual, el cual consagra estas diferencias y similitudes a través de las transformaciones que devienen del paso entre los estados, consagrándose por medio de la ceremonia, al clasificarlas en un orden socio-cultural. Para lograr que tenga una eficacia real de lo representado simbólicamente, así como la cohesión del grupo y la creación de relaciones interpersonales, es necesario institucionalizar los signos, símbolos y códigos por medio de la conformación del “proceso ritual”, el cual es la expresión de la interrelación e interdependencia del “rito”, “ritual” y “ceremonia” con el resto de los procesos sociales, culturales y psicoafectivos de los grupos humanos.

Con base en lo anterior podemos observar que el proceso ritual y las creencias que son base para su elaboración no son estáticas, se encuentran sujetas a mudanza por los factores socio-culturales, históricos y fisicobióticos que inciden en la existencia de los individuos, sociedades y especie que somos los humanos. Las crisis de gran magnitud, aquellas que no permiten dar una coherencia a lo que se está viviendo en el momento, aquellas que diluyen las relaciones entre los miembros de la comunidad y de la especie, deberán ser atendidas, entendidas e intervenidas desde lo material y lo simbólico para lograr una resiliencia y obtener un equilibrio en las relaciones, restableciendo la comunión.

Las crisis siempre se han presentado a lo largo de la historia de la humanidad, alterando, de manera significativa, el espacio donde se presentan. La mayoría de estos eventos suelen aparecer de manera natural, como los terremotos, tsunamis, erupciones volcánicas, inundaciones, enfermedades, o bien, pueden ser provocados por la acción del humano, como son los conflictos bélicos, siendo estos últimos los que mayormente se registran a lo largo del tiempo y, como muestra, sólo hace falta revisar un buen libro de historia y darse cuenta de que el mayor enemigo del hombre ha resultado ser el mismo hombre, pues su egocentrismo lo ha llevado a peleas extenuantes que sólo han dejado caminos de destrucción.

En esta historia plagada de tensiones, destensiones, crisis y resiliencias, la humanidad se ha enfrentado a enemigos silenciosos que atacan despiadadamente a nivel individual (enfermedad), comunitario (epidemia) o de la especie (pandemia), los cuales los conocemos como microorganismos patógenos. Para hacer frente a este tipo de situaciones, y gracias a todos los avances científicos y tecnológicos, se han creado un sinfín de métodos para que la mayoría de los desastres causados por estos microorganismos pudieran ser prevenidos, contenidos y mitigados. Infortunadamente no siempre se logra contener y mitigar a tiempo provocando la muerte de millones de persona, lo que conlleva a crisis en las relaciones comunitarias y, por lo tanto, la generación de acciones que permitan el restablecimiento de las conexiones socio-culturales y psicoafectivas desde los campos

de lo concreto y lo simbólico. Como ejemplos de estos procesos de tensión, destensión, crisis y resiliencia socio-cultural por agentes patógenos, podemos utilizar los que se presentan a continuación.

### *Plaga galena o ateniense*

En el año 430 a.C., al iniciarse el segundo año de la guerra del Peloponeso, una terrible epidemia se desató en Atenas y en las ciudades más populosas de Ática. Duraría algo más de cuatro años y morirían unas 100 000 personas, de un cuarto a un tercio de la población. En su artículo “Breve historia de las pandemias”, Leal Becker refiere:

El relato histórico de la plaga ateniense fue proveído por Tucídides, que sobrevivió a la plaga él mismo y la describió en su *Historia de la guerra del Peloponeso*. La plaga ateniense se originó en Etiopía y desde allí se expandió a través de Egipto y Grecia. Los síntomas iniciales de la plaga incluyeron dolor de cabeza, conjuntivitis, *rash* cutáneo y fiebre. Las víctimas tosían sangre y sufrían de un fuerte dolor de estómago, seguido de náuseas, arcadas y vómitos. Los individuos afectados generalmente morían a los 7 u 8 días. Aquellos que sobrevivían a esta etapa, podían sufrir parálisis parcial, amnesia, o ceguera por el resto de su vida. Doctores y otros cuidadores frecuentemente se contagiaban de la enfermedad y morían con aquellos que habían tratado de sanar. La desesperación causada por la plaga entre los ciudadanos los llevó a ser indiferentes a las leyes de los hombres y los dioses, y muchos cayeron en la satisfacción inmoderada de sus deseos. Dada la sobrepoblación de la ciudad de Atenas, la plaga se expandió rápidamente, matando decenas de miles, incluyendo a Pericles, el amado líder ateniense. Con la caída de la economía y la religión, reinó la superstición, especialmente entre los antiguos oráculos. La causa de la plaga ateniense del 430 a.C. no ha sido claramente determinada, pero muchas enfermedades, incluyendo la peste bubónica o la fiebre tifoidea han sido señaladas como probables culpables. Una teoría reciente, postulada por Olson y otros epidemiólogos clásicos, considera que la causa de la plaga ateniense fue el virus *Ebola* de la fiebre hemorrágica (Leal, 2020: 3).

### *Plaga antonina o de galeno*

La plaga antonina ocurrió en el Imperio Romano, durante el reinado de Marcos Aurelio (161-180 a.C.) y se piensa que fue causada por la viruela. Traída al Imperio por los soldados que retornaban de Seleucia (Siria), afectó a Asia Menor, Egipto, Grecia e Italia. A diferencia de la plaga de Atenas, que comprometió una región geográfica limitada, la plaga antonina se expandió a través de vastos territorios romanos, porque el Imperio es-

taba económica y políticamente integrado, y la sociedad ocupaba amplios espacios de territorio. La plaga destruyó a más de un tercio de la población en algunas áreas y diezmó al ejército, reclamando la vida del mismo Marco Aurelio. El impacto de la plaga fue severo, debilitando la supremacía militar y económica. La plaga afectó las antiguas tradiciones romanas, creando las condiciones para la expansión de nuevas religiones, incluyendo el cristianismo. La plaga puede haber creado las condiciones para la declinación del Imperio Romano de Occidente, que cayó a los 500 años d.C. (Leal, 2020: 4).

### *Peste justiniana*

La plaga justiniana se atribuye a la *Yersinia pestis*, y se originó a mediados del siglo VI en Etiopía, avanzando hacia Egipto y a las estepas centrales de Asia, a lo largo de las rutas de las caravanas. Desde alguna de estas localizaciones, la peste rápidamente se expandió al mundo romano y más allá. Como la mayoría de las pandemias, la plaga generalmente seguía las rutas de los proveedores, lo que era especialmente marcado en las ciudades costeras. Los movimientos militares de la época contribuyeron a la expansión de la enfermedad desde Asia Menor a África y a Europa (Leal, 2020: 4).

En Constantinopla, la epidemia alcanzó su punto álgido en el año 542 con unas 5 000 muertes diarias estimadas (aunque hay estimaciones de hasta 10 000 muertes diarias). Según Procopio, “la epidemia estuvo cerca de aniquilar a la humanidad”. En este mismo sentido tuvo consecuencias en la producción alimentaria, lo que orientó a una reestructuración del sistema agrario. A nivel socioeconómico, la peste marcó el final de la ordenación romana para dar paso a una organización de época medieval. De manera global, la epidemia de peste posiblemente contribuyó a la transición desde el Imperio Romano de Occidente hacia el período medieval (Rius, 2019: 122),

### *Peste negra*

Durante el siglo XIV, el Viejo Mundo estuvo a merced de una de las pandemias más mortíferas de la historia: la peste<sup>1</sup> negra o peste bubónica. Dicha enfermedad era producida

---

<sup>1</sup> Es una infección grave y potencialmente mortal, causada por el organismo *Yersinia pestis*. Los roedores salvajes, como las ratas, propagan la enfermedad a los seres humanos. Se transmite entre los roedores por medio de la picadura de pulga. Los humanos pueden adquirirla cuando tocan o consumen un animal infectado o cuando entran en contacto con sus excrementos. Ciertas formas pueden transmitirse de un humano a otro, como, por ejemplo, cuando una víctima de peste con neumonía tose gotitas microscópicas que transportan la enfermedad, se mueven a través del aire y alguien que respire estas partículas puede adquirirla. Una epidemia

por la bacteria *Yersinia pestis*, un pequeño bacilo *Gram negativo* que al infectar al individuo provoca una gran inflamación ganglionar, el llamado bubo, y que puede después diseminarse, produciendo septicemia y la muerte del individuo. Este bacilo es transmitido por las pulgas y otros parásitos de las ratas grises y negras, que al convivir con la gente, la contagiaban fácilmente. Además, el *Yersinia pestis* no sólo afectaba a las ratas domésticas, sino también a roedores salvajes, como marmotas y ardillas, y en sus húmedas madrigueras se generaba un microclima propicio para la supervivencia de las pulgas transmisoras. Además, sus pulgas son más resistentes que las de las ratas, sobreviviendo a la muerte de sus huéspedes, pudiendo así contagiar al hombre o a otros roedores; aunado a las condiciones de salubridad de las ciudades medievales, que eran inadecuadas y existía sobrepoblación, la situación empeora aún más, pues eso permitió que la epidemia se propagara rápidamente a lo largo de todo el continente europeo (Moreno *et al.*, 2018: 153).

Es importante resaltar que diversas fuentes mencionan que, durante la Edad Media, las palabras *peste* y *plaga* eran utilizadas para referirse a cualquier calamidad, sobre todo aquellas epidemias que producían gran mortandad, como la gripe o la viruela.

Una de las teorías de la caída del Imperio Romano de Occidente fue la presencia de un brote de peste. Esta aseveración es difícil de corroborar, porque es bien sabido que existieron numerosos factores que desencadenaron la caída de la mayor potencia de la antigüedad. Pero lo que sí está claro y documentado es la gran epidemia de peste que ocurrió en el siglo XIV y que trajo como consecuencia la muerte de dos terceras partes de la población: ciudades enteras como la Nápoles española, Florencia y París fueron devastadas. Se calcula que en el periodo de 1346 a 1350 murieron 200 000 000 seres humanos (Moreno *et al.*, 2018: 153). La peste negra se convirtió en una enfermedad endémica, con rebotes ocasionales y locales, prolongados por periodos de entre 6 y 18 meses, reapareciendo cada pocos años, durante casi dos siglos. La epidemia de 1347 es la más conocida y mortífera. Sin embargo, también fueron importantes los brotes de 1362-1364 en el norte y sur de Europa, y la del Mediterráneo entre 1374 y 1376. Hasta el siglo XVIII, la peste continuó visitando las ciudades europeas, aunque cada vez con menor violencia, y sin la virulencia expansiva de los primeros brotes.

---

(de peste) se puede iniciar de esta manera. Es bien conocido que en la Edad Media hubo epidemias masivas de peste que mataron a millones de personas. La peste es rara en los Estados Unidos, pero se ha sabido de su ocurrencia en zonas de California, Utah, Arizona, Nevada y Nuevo Méjico. Existen tres formas comunes de peste: bubónica, neumónica y septicémica. El tratamiento de estas enfermedades ha de ser inmediato, dentro de las 24 horas siguientes al desarrollo de los síntomas iniciales, o la muerte puede ser inevitable.

### *La viruela*

La viruela es una enfermedad aguda, sistémica, exantemática, infectocontagiosa, la más contagiosa de las enfermedades transmisibles, epidémica y cosmopolita, exclusivamente humana, de etiología viral, producida por un *Poxvirus*, cuyo reservorio es sólo el hombre. Presenta un exantema característico, comienzo repentino, con fiebre, dorsalgia intensa, postración y dolor abdominal, exantema de distribución centrífugo, aparición primero en la cara, posteriormente en cuerpo y extremidades (monomorfismo regional).

Se han identificado dos variedades clínico-epidemiológicas: la *Viruela minor* (*Alastrin*) y la *Viruela mayor* (viruela clásica); en la primera, la tasa de letalidad era menor de 1% y en la segunda, de 20 a 40%, la muerte ocurría al tercer o cuarto día, pero frecuentemente, durante la segunda semana, 3% de ellos sufría una forma fulminante hemorrágica que conducía a la muerte rápidamente (Burstein, 2003: 58).

Los primeros brotes datan en el siglo IV y V en Asia, sobre todo en el Imperio Chino, pero con las conquistas de los hunos, y después de los mongoles, la enfermedad se fue diseminando tanto al oriente —Corea y Japón— como al occidente, llegando así a Medio Oriente y, luego, gracias a las cruzadas, a Europa. En los siglos XIV y XV, la aventura de los navegantes llevó a la conquista de África por parte de Portugal, y después, de España, Francia y Gran Bretaña, en América. Sin saberlo, la colonización no sólo conquistaba lugares inhóspitos con seres humanos diferentes, también llevaba entre sus armas esta infección que encontró así a poblaciones que, al no tener exposición previa a este virus, eran totalmente vulnerables. Es bien conocido que en la conquista azteca, los españoles arrojaban cuerpos infectados con viruela para propagar la enfermedad, sabiendo que al ya haber sido expuestos en el pasado, ellos resultaban inmunes. Se puede argumentar que fue una de las primeras armas biológicas usadas por el hombre. La viruela ocasiona la muerte de 3 de cada 10 individuos que la padecen, pero muchos de los sobrevivientes quedan marcados de por vida. Fue así como una infección viral ayudó al conquistador y marcó al conquistado. Se calcula que, a través de la historia, la viruela ha matado a más de 500 000 000 de seres humanos (Moreno *et al.*, 2018: 153).

El último caso de infección natural de viruela en el mundo ocurrió en octubre de 1977, en Somalia (África), y dos años después la Organización Mundial de la Salud certificó la erradicación mundial de la enfermedad, lo cual fue confirmado por la Asamblea Mundial de la Salud en mayo de 1980. Por lo tanto, la aparición de un solo caso, en cualquier lugar, constituiría una situación de emergencia epidemiológica internacional.

A partir de lo anterior podemos observar que las crisis sanitarias son un condicionante para establecer cambios socio-culturales que permitan restablecer el orden y hegemo-

nía de las relaciones inter e intra comunidades, tanto a escala material como simbólico. Con los anteriores ejemplos se puntualiza que el entendimiento y significación del mundo, y lo que nos rodea, tiene la labilidad pertinente para poder tener los espacios y tiempos propiciatorios de nuestro lugar y momento, dando sentido a nuestra existencia e historia compartida.

Así es la complejidad; un suceso puede desencadenar una serie de situaciones y acciones que no son contempladas en su totalidad, modificando la cotidianidad. Ese aleteo de una mariposa en Brasil que provoca un tornado en Texas, es lo que nos lleva a repensar en las opciones con que contamos para explicar el momento de la crisis y su intervención para lograr resiliencia en lo socio-cultural.

Ahora bien, hemos visto a lo largo de más de un año y medio de pandemia que los rituales se han transformado, por lo que el sustento simbólico, el concepto de *muerte*, también se ha transformado, además de que en las últimas décadas la adhesión a los sistemas religiosos se ha visto debilitada. Todo ello nos muestra un cambio en la idea y concepción de la muerte, más allá de una doxa de castigo por nuestras acciones, no sólo por parte de lo divino sino por nuestras acciones cotidianas, el no cuidar de nuestra salud, idea que se acerca más a la episteme.

Así pasamos en esta gran marisma de ideas y concepciones de la doxa a lo epistémico, de tratar de entender que la muerte es el fin de la existencia y al mismo tiempo tener la esperanza de trascender; nos aferramos incrédulamente a aquello que nos dé respuestas, alivie el dolor y nos permita continuar nuestra cotidianidad interrumpida. La muerte sólo vuelve a presentársenos como esa angustia de finitud, sin lograr tener asideros para sostenernos en pie. El miedo se presenta como el quinto jinete del apocalipsis, *Phobos*, quien cabalga nuevamente entre los humanos, creando crisis entre las multitudes, al lado del jinete del caballo blanco, *Pestilencia*.

Pero las crisis son el paso a la nueva creación; la muerte volverá a tener un lugar dentro de nuestro imaginario, se creará una nueva forma de entenderla, de domesticarla y lograr superar la angustia de finitud, asignándole un lugar dentro de nuestros conceptos, en una doxa y una episteme, que surgirá como transformación y posibilidad; lo mismo sucederá con el “proceso ritual”, en tanto que el sustento simbólico se transformó.

### *Bibliografía*

ARAGÓN NOGALES, Ranferi, Iván VARGAS ALMANZA y María Guadalupe MIRANDA NOVALES, “Coronavirus 2019: la más reciente emergencia de salud”, *Revista Mexicana de Pediatría*, vol. 86, núm. 6, 2019, pp. 213-218.

Pestilencia, el jinete del caballo blanco. Resignificación de la muerte a partir de la pandemia...

- BURSTEIN ALVA, Zuño, “Viruela (CIE-9-050, CIE-10 B03)”, *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública*, vol. 20, núm. 1, 2003, pp. 58-60.
- DELGADO RUBIO, A. y J. PICAZO DE LA GARZA, “Gripe en el niño. Una enfermedad prevenible”, *Anales de Pediatría. Asociación Española de Pediatría*, vol. 62, núm. 1, 2005, pp. 1-4.
- FIRTH, Raymond W., *Tipos humanos. Una introducción a la antropología social*, Buenos Aires, Eudeba SEM, 1961.
- FREUD, Sigmund, “Inibizione, sintomo e angoscia e altri scritti (1924-1929)”, en *Opere*, 10, Turín, Bollati Boringhieri, 1978.
- GARCÍA G., Juan José, “Fundamentos para el estudio de un brote epidémico”, *Revista Mexicana de Pediatría*, vol. 69, núm. 5, septiembre-octubre de 2002, pp. 208-211.
- HORCAJADA, Juan Pablo y Belén PADILLA, “Endemia y epidemia. Investigación de un brote epidémico nosocomial”, *Enfermedades Infecciosas y Microbiología Clínica*, vol. 31, núm. 3, 2013, pp. 181-186.
- LEAL BECKER, Rodrigo, “Breve historia de las pandemias”, *Bibliopsiquis*, vol. 24, 2020.
- MORENO SÁNCHEZ, Francisco, María Fernanda COSS ROVIROSA, María Teresa ALONSO DE LEÓN y Álvaro ELIZONDO OCHOA, “Las grandes epidemias que cambiaron al mundo. Historia y filosofía de la medicina”, *Anales Médicos. Asociación Médica del Centro Médico ABC*, vol. 63, núm. 2: *Historia y filosofía de la medicina*, abril-junio de 2018, pp. 151-156.
- PARKES, C.M., *Bereavment. Studies of Grief in Adult Life*, Londres, Hardmondsworth, 1972.
- RIUS I GIBERT, Cristina, “La peste a lo largo de la historia”, *Revista de Enfermedades Emergente*, vol. 18, núm. 3, 2019, pp. 119-127.
- SARTRE, J.P., *L'être et le néant*, París, Editions du Seuil, 1980.
- SÁEZ, Andrés, “La peste antonina: una peste global en el siglo II d.C.”, *Revista Chilena de Infectología*, vol. 33, núm. 2, 2016, pp. 218-221.
- THOMAS, Louis-Vincent, *Antropología de la muerte*, FCE, México, 1989.
- ZIEGLER, Philip, *The Black Death*, Dover, New Hampshire, Alan Sutton, 1993.